

# Memorias de la conquista de Navarra hacia 1612 y 1712. La identidad navarra antes de la polémica de Amayur (1921-1931).

*Memories of the conquest of Navarre around 1612 and 1712. Navarrese identity before the controversy of Amayur (1921-1931)*

---

ALFREDO FLORISTÁN IMÍZCOZ  
Universidad de Alcalá

RECIBIDO: JULIO DE 2012  
ACEPTADO: OCTUBRE DE 2012

**Resumen:** El uso del pasado con finalidad política presente es habitual, y como muestra el caso de la conquista de Navarra a partir de 1512, ha generado controversias en torno a la identidad del territorio. A partir de la división entre nacionalismos, ya en el siglo XX, se analizan algunas reflexiones realizadas en el primer y segundo centenarios, que muestran la perspectiva "navarrista" y la que buscaba la anexión a Francia como antecedentes lejanos en el uso del pasado con finalidad presente.

**Palabras clave:** Conquista de Navarra, historiografía, centenarios, identidad, Prudencio Sandoval, André Favyn, Francisco Alesón, Johannes Daniel Schoepflin.

**Abstract:** The use of the past with a present mind is common purpose, and as show the case of the conquest of Navarre from 1512, has generated controversy regarding the identity of Navarre. From the division between nationalism in the twentieth century, this article discusses some reflections made on the first and second centenaries of this events, showing two positions: "navarrista" and those who asks annexation to France, as distant background in the use of the past with present purposes.

**Keywords:** Conquest of Navarre, historiography, centenaries, identity, Prudencio Sandoval, André Favyn, Francisco Alesón, Johannes Daniel Schoepflin.

El profesor Ignacio Olábarri publicó, hace casi tres décadas, una magnífica aproximación a la polémica de los años 1921-1931 en torno a Amayur. Desde entonces, nuestro conocimiento de la historiografía navarra contemporánea (y también de la respectiva a la edad moderna) ha progresado sólidamente gracias al impulso seminal de aquel trabajo y a la tesis doctoral que realizó bajo su dirección el profesor Juan María Sánchez-Prieto, coautor del mencionado trabajo<sup>1</sup>. Aquél estudio abordó la reacción del navarro Víctor Pradera contra la erección de un monumento de homenaje «a los últimos defensores de la independencia de Navarra» que resistieron en el castillo de Maya de Baztán (1522), iniciativa que parecía contar con el apoyo unánime de todas las fuerzas políticas, culturales y sociales. La novedosa y beligerante actitud de este político jaimista suscitó una polémica (en prensa e historiografía) de unas dimensiones y de unas características inusitadas (una auténtica *Richtungskampf*, en la terminología del alemán K. Repgen). Los profesores Olábarri y Sánchez-Prieto la eligieron como inicio de un estudio historiográfico más amplio precisamente por ello: porque se ajustaba a una virulenta «lucha» y no a un simple debate, entre tendencias u orientaciones antagónicas y no sobre cuestiones metodológicas salvables, y que movilizó a la opinión pública y no sólo a los especialistas, con grandes consecuencias de futuro.

Durante el siglo XX y todavía hoy, lo relativo a la conquista de Navarra y a su incorporación por Castilla a España ha sido inseparable del debate público acerca de la nación y de la comunidad política navarras: de su identidad más o menos diferenciada con respecto a otras naciones (la española y la vasca), de sus relaciones más o menos preferentes o exclusivas con unos u otros proyectos políticos (España o Euskadi-Euskal Herría), y de su situación dentro de España<sup>2</sup>. Mi aportación a este homenaje al profesor Olábarri quiere, sencillamente, sumar

<sup>1</sup> Ignacio OLÁBARRI, y Juan M<sup>o</sup>. SÁNCHEZ-PRIETO, “Un ejemplo de ‘Richtungskampf’ en la historiografía navarra contemporánea. La polémica en torno a Amayur, 1921-1931”, en J. L. MELENA (ed.), *Symbolae L. Mitxelena Septuagenario Oblatae*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1985, vol. II, pp. 1309-1327. Juan M<sup>o</sup>. SÁNCHEZ-PRIETO, *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*, Barcelona, EIUNSA, 1993. En cuanto a la Edad Moderna, otra tesis doctoral dirigida por el profesor Olábarri ha supuesto un importante salto cualitativo: Santiago LEONÉ PUNCEL, *Los fueros de Navarra como lugar de la memoria*, San Sebastián, Fundación para el Estudio del Derecho Histórico y Autonomo de Vasconia, 2005 (se defendió en 2002 en la Universidad de Navarra con el título más amplio de “Los lugares de la memoria en Navarra”).

<sup>2</sup> Juan M<sup>o</sup>. SÁNCHEZ-PRIETO y José Luis NIEVA ZARDOYA, *Navarra: memoria, política e identidad*, Pamplona, Pamiela, 2004. También el tema de la conquista recorre el libro de Ángel GARCÍA-SANZ, Á., Iñaki IRIARTE y Fernando MIKELARENA, *Historia del navarrismo (1841-1936). Sus relaciones con el vasquismo*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002.

una referencia de contraste con respecto a la gran polémica de Amayur que surgió en la estela del cuarto centenario de la conquista. Quienes escribieron en torno a los dos primeros centenarios, más cerca de los hechos, no atendieron a los mismos temas ni los enfocaron desde la misma perspectiva. Los cuatro cronistas que he seleccionado, dos españoles y dos franceses, que publicaron en torno a 1612 y 1712, probablemente no hubieran comprendido los términos y la virulencia del debate de 1921-1931, pero sus ideas orientaron su desenlace.

### 1. EL PRIMER CENTENARIO (S. XVII). PRUDENCIO SANDOVAL Y ANDRÉ FAVYN.

En 1614, fray Prudencio de Sandoval publicó en Pamplona un *Catálogo de los obispos que ha tenido la Santa Iglesia de Pamplona [...] con un breve sumario de los reyes que en tiempo de los obispos reinaron en Navarra*<sup>3</sup>. Sin relación al primer centenario de la conquista, pero sí imbuido de un sincero ‘navarrismo’, intercaló interesantes reflexiones en esta obra erudita. El cronista real de Felipe III y obispo de Pamplona mandó traducir y retocó un trabajo previo del canónigo pamplonés Francisco de Cruzat (*Catalogus episcoporum ecclesiae Pampilonensis*, 1573), al que incorporó comentarios hechos con autoridad, anécdotas que reflejan experiencia personal e interesantes valoraciones.

A diferencia de los debates del primer siglo tras la conquista, que habían girado en torno a la fidelidad de agramonteses y beamonteses a uno u otro rey, Sandoval ya no juzga comportamientos particulares –como habían hecho Ávalos de la Piscina (c. 1534) o el licenciado Reta (c.1580)<sup>4</sup>–, sino que se eleva a una reflexión general sobre el gobierno pasado y futuro del reino. En esencia, todo su razonamiento gira en torno a una “restauración” de la naturaleza española de Navarra que ha devuelto la salud (el orden y a la paz) a un cuerpo político enfermo desde que fue gobernado por reyes extranjeros, y desarrolla una reflexión política sobre la realeza “natural” y sobre su función como cabeza rectora del cuerpo político que es el reino<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Sobre Prudencio de Sandoval y su trayectoria como obispo de Pamplona (1612-1620), José GONZI GAZTAMBIDE, *Historia de los obispos de Pamplona*, Pamplona, Eunsa, 1987, t. V, pp. 178-286.

<sup>4</sup> Traté más detenidamente la reflexión historiográfica sobre la conquista elaborada en Navarra (1512-1720) en “Examen de la conquista castellana. La introspección de los cronistas navarros (siglos XVI-XVIII)”, en *Príncipe de Viana*, LXI (2000), pp. 79-134.

<sup>5</sup> El tema del rey “natural” o “extranjero” complicaba la ya de por sí delicada cuestión de la “presencia-ausencia” del rey en las Monarquías compuestas: M<sup>a</sup> Ángeles PÉREZ-SAMPER, “El Rey ausente”, en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO (ed.), *Monarquía, Imperio y Pueblos en la España Moderna*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, Universidad de Alicante, 1997, pp. 379-393.

La muerte sin descendencia de Sancho VII “el Encerrado” (1234) produjo una alteración gravísima, porque desde entonces fueron de distintas naturalezas la cabeza (rey) y el cuerpo político (reino). Todos los males y problemas radicaban en que los “humores” de franceses y españoles eran incompatibles, por lo que el gobierno de reyes extranjeros y ministros extraños causaba rechazo<sup>6</sup>. Esta extranjería, y no la rivalidad de agramonteses y beamonteses, habría sido la verdadera enfermedad política de Navarra. Porque Sandoval considera que los navarros son “españoles” en el mismo sentido en el que lo eran todos los peninsulares habitantes de las tierras al sur de los Pirineos, la Hispania de los romanos.

Desde esta perspectiva, el gobierno de Juan de Albret y Catalina de Foix se tiñe de valores negativos, que contrastan con los positivos que asocia al de su vencedor y sustituto, porque con Fernando el Católico se habría producido la “restauración” de la realeza natural española<sup>7</sup>. Sandoval expresa su simpatía hacia el malogrado Carlos de Aragón, el Príncipe de Viana cuya fama de santidad estaba viva todavía a finales del siglo XVI, porque hubiera sido el unificador de España<sup>8</sup>; Fernando el Católico, su hermanastro, simplemente, habría suplido su falta.

Sandoval, que añoraba la magnificencia de la corte donde había residido algunos años, debió de consolarse con el ‘descubrimiento’ de las grandezas históricas de aquel pequeño reino donde murió, y sintonizó con los círculos eruditos que empezaban a reivindicar más abiertamente las grandezas de su historia nacional. En este sentido se puede hablar de su navarrización. Sandoval se llena de alegría con el descubrimiento, con ocasión de su visita pastoral al monasterio de Leyre en 1613, de un arcosolio donde los monjes habían ocultado los restos de los antiguos reyes allí enterrados, como reacción defensiva y de temor tras la conquista castellana. Y lo interpreta como un símbolo premonitorio del restablecimiento de la grandeza del reino y de su dignidad perdidas un siglo antes.

Quizás este castellano sea el mejor testigo de la nostalgia navarrista de principios del siglo XVII por las pasadas grandezas del reino y de su monarquía propia, como cuando recuerda que algunos todavía “lloran [a] sus reyes pasados, Theobaldos, Carlos, Phebos, &c”<sup>9</sup>. Es consciente de la “postración” que vive el reino, que se agudiza cuando se rememora sus pasadas glorias (mayor extensión, origen de otras casas reales, precedencia sobre otros reyes, etc.)<sup>10</sup>,

<sup>6</sup> Prudencio SANDOVAL, *Historia de los obispos*, f. 116r.

<sup>7</sup> *Ibid.* f. 117v y f. 125r.

<sup>8</sup> *Ibid.* f. 108v y f. 115r.

<sup>9</sup> *Ibid.* f. 116v.

<sup>10</sup> *Ibid.* f. 109v y f. 137v.

pero no la relaciona con la conquista. El orgullo de proclamar que, en 1505, cuatro infantas navarras hermanas estaban casadas con otros tantos reyes, “los mayores de la Cristiandad”, se mezcla con la evocación de la desaparecida dinastía natural, sobre todo cuando se cifra ésta en tres providenciales caídas de sendos caballos, que habrían frustrado la sucesión de la realeza navarra<sup>11</sup>.

Al contrario, todas estas reflexiones le sirven para valorar muy positivamente la incorporación a Castilla en términos políticos y también económicos. Lo hace inmediatamente después de tratar de las guerras de bandos, como para reforzar su argumentación con el contraste más adecuado. Navarra no podía ser gobernada por reyes propios porque carecían de la fuerza necesaria para mantener la paz y el orden. Y unos reyes poderosos pero lejanos, como los de Francia, tampoco eran adecuados porque, como franceses, eran de distinto “humor”. La “restauración” de una realeza española con Fernando el Católico le parece la mejor solución y la más favorable al interés particular de los navarros:

“Ciento y un años han corrido hasta este día: diga Navarra ¿cuándo más quieta?, ¿cuándo más rica?, ¿cuándo más tenida?, ¿cuándo más estimada? ¿Cuándo en Francia tuvo hijos primados, perlados, presidentes, oidores, gobernadores, capitanes y, finalmente, capaces de la grandeza de España y de su Monarquía, que de cuatro partes del mundo la reconocen en las tres? ¿Cuándo las tablas de Pamplona, con que los reyes pasados se sustentaban, fueron como son, tablas de los caballeros, hidalgos, hombres valerosos, dignos de honra y premio? Nunca los reyes de Francia que reinaron en Navarra dieron de estas tablas o mesa real las migajas que de ella caían. El de España, más de lo que tienen, [da] a los mismos naturales. De suerte que lo que era sustento de reyes, después que Navarra se abrazó con Castilla, es alimento de los naturales. Los que lloran sus reyes pasados, Theobaldos, Carlos, Phebos, &c, no han considerado lo que bien mirado digo y la experiencia que convence muestra”<sup>12</sup>.

El hecho de que navarros y castellanos fueran “capaces en ambos reinos de unos mismos honores, oficios y beneficios y preeminencias” abría muchas posibilidades para todos<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Ibid. f. 91v.

<sup>12</sup> Ibid. ff. 116r-v.

<sup>13</sup> Ibid. f. 137v. Por esto, colige Sandoval, han escogido “los navarros más esta unión y hermandad con Castilla que con otros reinos”.

En 1614, los navarros habían comprobado que se habían cumplido las promesas del duque de Alba a la ciudad de Pamplona en agosto de 1512<sup>14</sup>. La nómina de altos cargos en la Iglesia (Bartolomé Carranza, primado en Toledo; Francisco de Navarra, arzobispo de Valencia, etc.), en la administración (Pedro de Navarra, presidente del Consejo de Ordenes; Martín de Gaztelu, secretario de Carlos I y de Felipe II, etc.) o en la milicia (Simón de Itúrbide; Luis de Villar, castellano de Gante, etc.) le parecía deslumbrante y, por ende, estimulante. Poco después, otro relevante polígrafo ‘navarrista’, Juan de Sada, que debió de frecuentar el círculo erudito de la pequeña corte episcopal de Pamplona por esos mismos años, publicó una relación muy completa de los éxitos de sus connacionales al servicio de la Monarquía de España, expresando idéntica satisfacción por todo lo logrado<sup>15</sup>.

Además, junto a esta, existía otra nómina menor pero que incluía a todas las familias de la nobleza acomodada: la lista de los “acostamientos” que se pagaban con cargo a los ingresos de las “tablas” (las rentas aduaneras del rey). Aunque de escasa cuantía, su pago sí que encerraba, además de ventajas sociales y políticas, un simbolismo que el obispo Sandoval interpreta de un modo muy atractivo. Los caballeros navarros no se alimentaban ya, como bajo los reyes franceses del siglo XIII-XIV, de las migajas que caían de su mesa (“table”), al modo de perrillos o de pordioseros, sino que, con los reyes españoles, participaban abiertamente en ella como los hijos, con una dignidad recobrada<sup>16</sup>.

Cuando Enrique de Borbón, “le roi de Navarre”, llegó al trono de Francia en 1589, se confeccionaron de inmediato cuatro grandes ‘historias de Navarra’, dos de ellas de un marcado carácter confesional-calvinista y desde una perspectiva particularista bearnesa, y otras dos desde posiciones realistas, católicas y francesas. No son pocas las diferencias, pero predominan los argumentos comunes a todas ellas<sup>17</sup>. La más extensa, preparada por **André Favyn**, se publicó en París en 1612.

<sup>14</sup> Luis CORREA, *Historia de la conquista de Navarra por el duque de Alba* [Toledo, 1513], editada por J. YANGUAS Y MIRANDA, Pamplona, Imp. de Longás y Ripa, 1843, p. 85.

<sup>15</sup> Juan de SADA, *Historia apologética y descripción del Reyno de Navarra*, Pamplona, Carlos de Labayen, impressor del Reyno de Nauarra, 1628, f. 32r-v.

<sup>16</sup> Es transparente la referencia a los pasajes evangélicos de la viuda sirofenicia o de Lázaro (Mt 16, 27; Lc 7,28 y 16,21).

<sup>17</sup> Jean GOYHENETCHE, *Les basques et leur histoire. Mythes et réalités*, Donostia-Baiona, Elkar, 1993, pp. 51-67. Las dos primeras son las de Nicolás BORDENAVE, *Histoire de Béarn et de Navarre*, Paris, Jules Renouard, 1873 (el manuscrito debió de concluirlo hacia 1590) y Pierre OLHAGARAY, *Histoire des comptes de Foix, Béarn et Navarre, diligemment recueillie, tant des precedens historiens, que*

Favyn era un humanista polígrafo, abogado del Parlamento de París y católico<sup>18</sup>, que escribió para ilustrar al joven Luis XIII y darlo a conocer como *roi de Navarre*. En definitiva, la realeza de Francia procedía también de García Jiménez, “príncipe francés primer rey de Navarra, el primero que enarbó el estandarte de la cruz en los Pirineos y echó a los moros africanos de España, de la que Navarra es el más antiguo reino cristiano”. Con un riguroso criterio dinástico, expone las vidas de los 37 reyes que van de García Jiménez a Luis XIII, aunque Navarra no es sino una excusa porque realmente escribe una historia de Francia (en particular desde la llegada de la dinastía de Champaña en el siglo XIII)<sup>19</sup>.

La tesis central es la misma que en las historias mencionadas, particularmente en la de Gabriel Chappuys (1596): Navarra es parte de Francia desde sus orígenes, y Luis XIII debe trabajar para ‘reunirla’. Su libro ha de servir para instrucción del joven rey y de exhortación a recuperar esta porción de su herencia, al igual que Alejandro Magno se había sentido movido a la conquista de Persia gracias a la lectura de libros de historia: “La consideración de tales empresas os servirá de glorioso propósito para lograr el triunfo de la conquista de vuestra propia herencia paterna”<sup>20</sup>. De nuevo, Navarra como argumento o como ocasión para referirse a un todo que la comprende y da sentido que no es otro que Francia, con cuya historia se confunde hasta desaparecer.

Favyn –como antes Chappuys– presta particular atención a las bulas de Julio II, de las que sospecha que pudieron no ser auténticas, aunque también reconoce que habían sido decisivas para que los navarros se rebelasen contra sus reyes, decidiendo la conquista. Pero el tema central es la contraposición de las formas de gobierno de Francia y de España, un tópico común en la publicística francesa del momento. Juan de Albret –de Catalina apenas dice nada– era un buen rey, culto y justo, que trató por igual a agramonteses y beamonteses, aunque los primeros todo lo que libaban lo convertían en miel, como las abejas, y los segundos en hiel. Lo importante es que Juan III gobernaba al “modo francés, todo lo contrario del español”. Por eso, los navarros se

---

*des archives desdites maisons*, Paris, 1629 (aunque el libro debió de confeccionarse hacia 1607). Las otras dos son las de Gabriel CHAPPUYS, *L'Histoire du royaume de Navarre, contenant, de roy en roy, tout ce qui y est advenu de remarquable dès son origine, et depuis que les roys d'Espagne l'ont usurpé*, Paris, N. Gilles, 1596; y André FAVYN, *Histoire de Navarre contenant l'origine, les vies et conquestes de ses roys, depuis leur commencement iusques a present*. Paris, L. Sonnius, P. Mettayer y P. Chavalier, 1612, 2 vols.

<sup>18</sup>Jean GOYHENETCHE, *Les basques et leur histoire*, pp. 63-64.

<sup>19</sup>André FAVYN, *Histoire de Navarre*, pp. 592-671.

<sup>20</sup>Ibid., dedicatoria a Luis XIII.

dolían de una dominación injusta bajo Castilla y esperaban la liberación y el retorno del rey legítimo, porque no son de carácter español. En 1512 abandonaron a su rey ganados por los beamonteses, o por el oro de Castilla, o por la amenaza de las bulas de excomunión, pero un siglo después su corazón seguía siendo fiel a sus descendientes<sup>21</sup>.

La unión a Castilla de 1515 pretendió, según Favyn, que no se gobernasen con libertad, al modo de los aragoneses, que tenían su Justicia Mayor que, como los éforos en la Esparta clásica, limitaba el poder regio. Por ello, toda la nobleza navarra, incluido el conde de Lerín, ansiaba sacudirse la “tiranía española”, y hubieran podido conseguirlo en 1516. El tono con que pinta las consecuencias de la subsiguiente represión no pueden ser más oscuros: el coronel Villalba pretendió arrasarlo todo y deportar a los navarros a Andalucía, y el reino, que antes había florecido bajo el gobierno de un buen rey, quedó convertido en un erial de pasto. Este argumento debe leerse en su contexto, porque es coetáneo a la expulsión de los moriscos iniciada en 1609.

Ahora bien, la “liberación” de Navarra no la entiende Favyn sólo como recuperación de una herencia particular sino, más ampliamente, como restauración de la seguridad de Francia frente a España:

“Esto rompe el corazón de los navarros y les hace desear un liberador de la tiranía española; y entre sus males e infortunios, todavía tienen uno que todo hombre de buen juicio estimaría el más cruel: que no osarán a quejarse, las lágrimas prohibidas a sus ojos y el nombre de Francia en la boca. Accidente deplorable que el más antiguo reino de la Cristiandad de España haya sido así miserablemente convertido en provincia, sus castillos arrasados, sus villas desmanteladas, y sus pobres habitantes sometidos a una dominación extranjera del todo insoportable. Son vuestros súbditos, gran Príncipe, que os tienden las manos, los ojos con abundantes lágrimas, el corazón embargado y la boca cerrada, para no osar declararos la justa queja, que habla por sí misma, para implorar vuestro brazo generoso. Porque como vos habéis recuperado vuestro reino de Francia, dominado por las facciones de España, a punta de espada, por esta misma vigilancia que os es natural les liberéis de la dominación española”<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> Ibid. p. 677.

<sup>22</sup> Ibid. p. 701.

Pero este sentimiento no es específicamente “navarrista”, ni exclusivamente dinasticista. Si le importa recordar todos los contactos diplomáticos, las reclamaciones planteadas a lo largo del XVI, es para que quede constancia de las promesas incumplidas por los españoles, mentirosos e indignos de confianza, y para demostrar que no cabía alegar prescripción de derechos de los Albret-Borbón.

Favyn fue el primero que escribió sobre los escrúpulos de conciencia de Carlos V, un argumento que desarrollaron con fruición los franceses del segundo tercio del XVII, en particular Auguste Galland (1646). Lo introdujo con ocasión de la prisión de Felipe de Hesse, príncipe imperial a quien Carlos V despojó de sus bienes por rebelde. Su confesor franciscano habría tranquilizado al Emperador sobre el escrúpulo de tener que “devolver al papa las plazas usurpadas a la Iglesia, el ducado de Milán al rey [de Francia], y el reino de Navarra a nuestro Enrique de Albret”. Porque si se devolvieran a sus legítimos soberanos, argumentaba el franciscano, se daría medio a sus enemigos para hacerle la guerra: “Su confesor aseguró su conciencia, en perjuicio de la ciencia, con estas palabras: *In obscuris, melior est causa possidentis quam petentis*. Que en asuntos dudosos es mejor tener que reclamar”<sup>23</sup>.

En cualquier caso, Favyn no entiende un reino de Navarra diferenciado del de Francia y, cuando Antonio de Borbón pretendió tomar posesión de la herencia de su suegro por la fuerza en 1555, Enrique II de Francia le habría frenado con este argumento: “lo mismo que no hay sino un solo sol en el mundo, sin que otro planeta tenga luz aparte, de igual modo Francia no podía sufrir sino un rey”. Favyn es un acendrado defensor de la catolicidad y de la unidad de Francia, de la que Navarra forma parte indisociable desde siempre y para siempre.

## 2. EL SEGUNDO CENTENARIO (SIGLO XVIII). FRANCISCO ALESÓN Y JOHANNES DANIEL SCHOEPFLIN.

El segundo centenario de la conquista no pasó tan desapercibido para los navarros como el primero y, en el contexto de la Guerra de Sucesión española, las autoridades del reino tuvieron una magnífica oportunidad de modificar las interpretaciones dominantes hasta entonces. **Francisco de Alesón** (Viana 1634-Logroño 1715) había sido nombrado segundo cronista oficial del reino con el encargo de revisar y publicar los materiales que había dejado manuscritos su predecesor, el también jesuita José Moret (†1687), para dar conti-

<sup>23</sup> Ibid. p. 797.

nuidad al recién aparecido primer volumen de los *Annales del reyno de Navarra* (1684). Sin duda, atesoraba una amplia cultura humanística aunque no había demostrado particular afición a la historia y estaba lejos de ser un “anticuario” apasionado por los documentos y las antigüedades. Más político que erudito, tuvo la habilidad de construir la interpretación de la conquista e incorporación más ampliamente aceptada hasta finales del siglo XIX<sup>24</sup>. El *Compendio* de los cinco tomos de los *Annales* que se encargó al tercer cronista del reino, el P. Pablo Miguel Elizondo S.J. (1732), y la reedición ilustrada de los *Annales* que la diputación financió en 1766 hicieron que el relato de Alesón haya sido el más influyente hasta la asimilación de la obra de Boissonnade (1893) con ocasión de la polémica de Amayur.

Alesón ordenó, revisó y, en menor medida, completó los textos preparados por José Moret, y con ellos formó los tomos II (1695) y III (1704) de los *Annales*. Fue una acertada decisión concluir este último con la muerte sin sucesión masculina de Sancho VII, porque la entronización de la casa de Campaña en Navarra en 1234 constituía un interesante precedente del cambio dinástico de 1700, con la llegada de un Borbón al trono de España. Los Tres Estados de Navarra, por diversos motivos, fueron activa y firmemente profranceses en las victorias y en las derrotas de la Guerra de Sucesión, y la victoria de Felipe V proporcionó a los dirigentes navarros la oportunidad de abordar en inmejorables condiciones la memoria de la conquista e incorporación a Castilla de dos siglos atrás.

El último tomo de los *Annales* (1715), el que nos interesa ahora, debió de escribirlo durante los años decisivos de la guerra, cuando el frente bélico barrió por dos veces Navarra (1706-1707 y 1710-1711). No buscó nueva documentación –aunque sí manejó historias parciales y relaciones particulares de sucesos– porque contaba con el apoyo de suficientes crónicas españolas, y leyó detenidamente a los historiadores franceses y a algunos italianos. Sabemos que visitó el archivo de Simancas en tres ocasiones, aunque sin aclarar nada nuevo sobre las famosas bulas de excomunión que tanto llegaron a obsesionarle.

Matías de Izcue y Baltasar de Lezáun<sup>25</sup>, que firmaron las presentaciones

<sup>24</sup> Sobre la vida y la obra de Alesón no hemos superado los trabajos de Antonio PÉREZ GOYENA, “El segundo cronista de Navarra, P. Francisco Aleson”, *Príncipe de Viana*, V, 1944, pp. 43-65, y de José Ramón CASTRO, *La historiografía de Navarra antes del P. Moret*, Bilbao, 1969, pp. 34-41.

<sup>25</sup> Sobre Matías Jerónimo de Izcue: Antonio PÉREZ GOYENA, *Ensayo de bibliografía navarra*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1951, t. III, p. 112. Sobre Baltasar de Lezáun, Francisco PÉREZ OLLO, “Baltasar de Lezáun y Andía”, en la edición facsímil de sus *Memorias históricas de la ciudad de Estella*, Pamplona, 1990, t. II, pp. XLV-LVIII.

del tomo V, advirtieron las dificultades del tema. “Tempestad”, “tragedia”, “borrasca” son los términos con que definieron los años de la conquista y el cambio de 1512. Cambio que había fraguado sobre injusticias y sobre el que era preciso refutar mucho de lo que se había escrito en los dos siglos precedentes, por lo que la narración de Alesón tiene, desde su dedicatoria a los Tres Estados, un carácter explícitamente vindicativo de “la honra de nuestros reyes injustamente agraviados”. Y no sólo de la suya: también de la del resto de los navarros, de sus familias y linajes y del reino como tal.

La principal rectificación se refiere a la famosa bula de excomunión, que Fernando el Católico había utilizado como justificación principal y que todos los cronistas, incluidos los navarros, habían citado. Sus conjeturas en este punto no fueron originales, y sus visitas a Simancas no aclararon nada. De hecho, Alesón retomó los argumentos del bajonavarro Arnould Oihenart (1635) y del aragonés Pedro Abarca (1684) para negar la existencia de la excomunión sin añadir nada nuevo. Todo habría sido una infamia orquestada por Fernando el Católico, propagada por sus cronistas y mantenida por ignorancia. Juan de Albret había sido víctima inocente de una calumnia y urgía que resplandeciera la verdad, porque tal mentira manchaba no sólo a los reyes sino también “a los navarros que fielmente los siguieron, o por mejor decir, a todo el reino”<sup>26</sup>.

Alesón invirtió la imagen negativa de Juan III que la historiografía española y navarra había construido unánime, y lo presentó como un mártir a quien finalmente se ha hecho justicia. Juan de Albret sería un príncipe gallardo, hombre de letras, caritativo y devoto, fiel esposo de su mujer<sup>27</sup>. Una de las calumnias más dolorosas es el “cuento viejo [difundido por Garibay] de que alcanzando la reina en el camino al rey su marido, le dijo con augusto coraje: ‘Rey don Juan, rey don Juan. Juan de Labrit fuisteis y Juan de Labrit seréis; porque vos ni vuestros sucesores nunca más gozarán de el reino de Navarra. Que si vos fuerais reina y yo rey, nunca se perdiera Navarra’”<sup>28</sup>.

Esta apasionada apología de Juan III encerraba una enseñanza para los navarros de principios del XVIII. Su muerte en 1516 como rey cristiano (y no cismático) se debió a la pena por la pérdida del trono, por la prisión del Ma-

<sup>26</sup> En 1745 la diputación seguía defendiendo enérgicamente que no había habido tal excomunión: María Puy HUICI, *En torno a la conquista de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1993, pp. 103-104.

<sup>27</sup> Francisco ALESÓN, *Annales*, t. V, pp. 322, 329 y 331.

<sup>28</sup> *Ibid.* p. 250.

riscal y de sus “fieles” navarros, y también por la ruina entera del reino<sup>29</sup>. Pero en su sacrificio y en su aceptación de la injusticia, similares a los de Cristo, radicó una novedad espléndida. Así, Alesón pudo proponer una interpretación a lo ocurrido en 1512 radicalmente diferente: una sentencia del cielo había reparado con creces la antigua injusticia mediante la plena restauración dinástica de un rey ‘natural’ en la persona de Felipe V<sup>30</sup>.

Con todo, Alesón no reniega de lo ocurrido en estos dos siglos, aunque en algún momento manifieste añoranza de una Navarra grande e independiente precisamente bajo los reyes Juan y Catalina<sup>31</sup>. La unión a Castilla y la reunificación de España las valora muy positivamente, en buena medida porque las entiende como providenciales. Felipe V es la “última sentencia, ordenada sin duda por su alta Providencia a la mayor concordia y perfecta unión de todos los reinos de España”<sup>32</sup>. Y aunque no pretende volver a la situación previa, sí que quiere reescribir lo sucedido en lo que se refiere al espinoso asunto de la “fidelidad”, que había sido motivo de discusión durante dos siglos. La unanimidad con que los navarros habían respaldado a Felipe V en la Guerra de Sucesión debía borrar para siempre la antigua división de agramonteses y beamonteses; y su decisivo apoyo al victorioso Felipe V debía borrar el recuerdo del abandono con que facilitaron la derrota de Juan III dos siglos antes.

Alesón –y los diputados del reino que encargaron y revisaron su obra– mitigó y reinterpretó la fractura banderiza para presentar un reino fiel y unido a su rey (Felipe V) frente al usurpador (Carlos de Habsburgo). Tal imagen se sostenía como una realidad evidente a principios del XVIII, pero tenía un fundamento histórico frágil. El frente unido de todos los navarros tras de su rey legítimo contra un usurpador se produjo en 1712 y se proyectó retrospectivamente a 1512, como para redimir la antigua división y defección de los navarros<sup>33</sup>. Además, a principios del siglo XVIII la fidelidad de Navarra brillaba frente al oscurecimiento de la lealtad de Aragón, Valencia y Cataluña, cuya traición a Felipe V ocasionó la pérdida de sus fueros.

Alesón, que personifica en Pedro “Navarro” y en Pedro de Navarra los vaivenes de la fidelidad del país, se muestra comprensivo con actitudes que parecen

<sup>29</sup> Ibid. pp. 329. Sobre la ruina de Navarra (demográfica, económica, política, etc.), sigue lo que había escrito la publicística francesa de siglo XVII.

<sup>30</sup> Ibid. pp. 337-338.

<sup>31</sup> Ibid. p. 337.

<sup>32</sup> Ibid.: dedicatoria a los Tres Estados.

<sup>33</sup> Ibid.: dedicatoria a los Tres Estados.

contradictorias. Pedro Bereterra o “Navarro”, el famoso “condottiero” hecho conde de Oliveto, recobra el protagonismo que castellanos y franceses siempre le habían reconocido, y que los navarros le habían escatimado<sup>34</sup>. Y Pedro de Navarra, el Mariscal exiliado en 1512, derrotado en 1516 y muerto en la cárcel de Simancas en 1522, reaparece canonizado como quintaesencia de la fidelidad y del heroísmo porque se negó a jurar al Emperador, sacrificando libertad, hacienda y honores por su rey natural<sup>35</sup>. Alesón no condena a Pedro “Navarro” porque sirviese primero a Fernando el Católico y luego a Luis XII y a Francisco I de Francia; y tampoco recrimina a Pedro de Navarra, el hijo heredero homónimo del Mariscal, porque jurase la fidelidad que su padre había negado hasta la muerte. Todos habrían actuado en conciencia y eran igualmente dignos de honor.

Aunque resulte más aleccionadora para sus propósitos la rendición de Fuenterrabía en 1524, Alesón también ensalza la resistencia de Maya de 1522. Nadie había considerado digna de memoria la colaboración con los franceses en el secuestro de Fuenterrabía (1521-1524), y sin embargo a Alesón le permitió honrar el retorno de los agramonteses al servicio del Emperador y su abandono del partido de los Albret desde 1524<sup>36</sup>. Y lo mismo que aplaude la rendición ensalza la valentía de quienes resistieron en el castillo de Maya: “de tantos nobles caballeros cuyas vidas merecían ser inmortales”<sup>37</sup>. Por esto, significativamente, Alesón no dio relevancia a los perdones de 1523 y 1524, que permitieron la reintegración de los exiliados en sus posesiones, oficios y honores. Donde no había habido ofensa no era necesario el perdón: los navarros que resistieron la conquista hasta 1524 y decidieron luego pasar al servicio de Carlos I actuaron tan honrosamente y sin demérito de su fidelidad como quienes habían optado desde el principio por Fernando el Católico.

Alesón organizó el relato de la guerra suavizando aristas, pero también acogió buena parte de lo más dramático que había escrito la publicística francesa sobre la ruina de Navarra bajo el gobierno español. Aunque Fernando el Católico aparezca como un usurpador, se alaba su habilidad como pacificador, su confirmación de los fueros, incluso la “dulzura” de su gobierno<sup>38</sup>. Es el cardenal Cisneros quien carga con todos los reproches, porque le achaca la introducción de los primeros cambios en la forma de gobierno, y le acusa de go-

<sup>34</sup> Ibid. pp. 207-225.

<sup>35</sup> Ibid. pp. 352-353.

<sup>36</sup> Ibid. p. 422.

<sup>37</sup> Ibid. pp. 263 y 394-395.

<sup>38</sup> Ibid. pp. 252, 266, 279.

bernar despóticamente derribando castillos y murallas<sup>39</sup>. Compara la postración de Navarra con la del reino de Nápoles también conquistado, y la suerte de su rey Fadrique, despojado del trono, con la de Juan de Albret<sup>40</sup>. Y aunque no se llevase a cabo, se hace eco de un presunto proyecto de despoblar por completo el reino, que se habría estudiado en el Consejo de Castilla a la vez que el derribo de las fortalezas<sup>41</sup>. Probablemente, todo esto le sirve para evidenciar los cambios posteriores.

Junto con la rehabilitación conjunta de agramonteses y beamonteses, Alesón hace un esfuerzo por redimir también la Baja Navarra desgajada. La familia Jaso, en la que nació San Francisco de Javier, originaria de estas Tierras de Ultrapuertos, recobra su dignidad manchada hasta entonces por el estigma de ser “franceses” en una tierra de herejes<sup>42</sup>. Enrique de Albret y la *Basse-Navarre* reaparecen en escena con un protagonismo y una valoración positiva de la que habían carecido hasta entonces<sup>43</sup>. En definitiva, late en Alesón una novedosa afirmación de la navarritud de la porción norpirenaica del reino abandonada por Carlos I en 1530: “A la verdad ellos eran y siempre fueron y aun son verdaderos navarros por su naturaleza, aunque algunos ineptamente hayan querido discurrir lo contrario”<sup>44</sup>. Incluso dedica más espacio y vigor a exponer esto último que a desgranar las ventajas de la incorporación a Castilla.

El relato de Alesón, por último, trasluce una satisfacción plena sobre el gobierno del reino a principios del siglo XVIII. La abolición de los fueros de Aragón y Valencia (1707), y muy pronto los de Cataluña, supuso una alteración impensable: el pequeño reino conquistado mantenía sus fueros e instituciones mientras que desaparecían en aquellos otros estados hereditarios que siempre habían sido vistos desde Navarra como modelos a imitar, y con añoranza si no con envidia. La unión a Castilla zanjó la guerra civil<sup>45</sup> y, sobre todo, aseguró el pleno respeto de sus fueros mejor que antes de 1512, por lo que podía decirse, con mayor fundamento que nunca, que había sido una “feliz unión”<sup>46</sup>.

En 1720 se publicó en Estrasburgo un pequeño libro, obra juvenil de **Jean-Daniel Schoepflin** (1694-1771), el gran historiador ilustrado de la región

<sup>39</sup> Ibid. pp. 335, 342 y 351.

<sup>40</sup> Ibid. pp. 117, 254-257.

<sup>41</sup> Ibid. pp. 327-328.

<sup>42</sup> Ibid. pp. 124-129.

<sup>43</sup> Ibid. pp. 443, 448-449 y 424.

<sup>44</sup> Ibid. p. 424.

<sup>45</sup> Ibid. p. 423.

<sup>46</sup> Ibid. p. 424.

germánica de Alsacia recientemente conquistada e incorporada a Francia por Luis XIV<sup>47</sup>. *Diatriba de origine, Fatis et Successione regni Navarrae ad nostra usque tempora* no pasa de ser un trabajo académico, editado con ocasión del breve episodio de guerra franco-española de 1719-1720, cuando Luis XV tomó Fuenterrabía y San Sebastián y pareció que también recobraría Navarra<sup>48</sup>. No es sino una síntesis apresurada, a partir de la bibliografía disponible, por un profesor de la Universidad de Estrasburgo que quería hacer méritos ante el regente de Francia, Felipe duque de Orlens<sup>49</sup>. No suscitó apenas atención entonces, aunque un siglo después el síndico Ángel Sagaseta de Ilurdoz y las Cortes de Pamplona de 1828 se tomaran la molestia de traducirlo del latín<sup>50</sup>.

Sin embargo, en este libro late una novedad, relacionada con la concepción que el autor tiene de la historia de Alsacia y de su incorporación a Francia. En sus dos principales trabajos<sup>51</sup> reivindica que, pese a su larga pertenencia al Imperio Germánico, pese a su lengua y cultura alemana y a su mayoría protestante, sin embargo Alsacia era originariamente una región francesa. Schoepflin utiliza con respecto a lo ocurrido en Navarra en 1512 el mismo concepto de *distractio* que utiliza para Alsacia, que ha de traducirse como ‘división’, ‘ruptura’, ‘separación’ con respecto de algo mayor y principal de lo que formaba parte, mejor que el de conquista (de *conquiro*= ganar, recoger), que implica adquirir algo nuevo, distinto. Nebrija, a quien cita en abundancia, había utilizado un argumento similar dos siglos antes, cuando habló de ‘reintegración’, ‘restitución’, ‘reincorporación’ de Navarra a España.

Cuando, en el capítulo segundo, relata la *Distractio regni Navarrae sub Johanne Albretano*, lo hace en términos favorables a Francia como nación y no exactamente a la dinastía del rey despojado. Schoepflin es muy poco original en el capítulo central de su obra, dedicado a refutar los argumentos que los españoles habían utilizado para conquistar y retener Navarra (*Praetextus hujus distractiones refutatus*). Se limita a recopilar cuanto habían escrito varios autores franceses entre 1629 y 1659, principalmente Theodore Godefroy, Arnauld

<sup>47</sup> Sobre el historiador, su obra y su época: B. VOGLER y J. VOSS (dirs.), *Strasbourg, Schoepflin et l'Europe au XVIIIe siècle*, Bonn, Bouvier, 1996; y J. VOSS, *Jean-Daniel Schoepflin (1694-1771): un Alsacien de l'Europe des Lumières*, Bar-le-Duc, Société Savante d'Alsace, 1999.

<sup>48</sup> Jean-Daniel SCHOEPFLIN, *Diatriba de origine, Fatis et Successione regni Navarrae ad nostra usque tempora* (Estrasburgo 1720) prólogo, sin paginar.

<sup>49</sup> *Ibid.*: prólogo, sin paginar.

<sup>50</sup> Archivo General de Navarra, Reino: Historia y literatura, leg. 2, carp. 32.

<sup>51</sup> Jean-Daniel SCHOEPFLIN, *Alsatia illustrata Celtica, Romana, Francia*, Colmar, 1751; y *Alsatia diplomatica*, Manheim, 1772, 2 vols. Sus trabajos se tradujeron al francés y fundaron la historiografía nacional francesa sobre la región durante el siglo XIX.

Oihenart, Auguste Galland y Pierre Dupuy. Su reconstrucción de esta panoplia de argumentos, para lo que maneja un buen número de autores franceses y españoles, resulta muy eficaz aunque sea escasamente original<sup>52</sup>.

Algo parecido ocurre cuando en el último capítulo, utilizando a Auguste Galland, reconstruye la historia de los contactos diplomáticos mantenidos desde 1512, sobre el que añade muy poco. Todo se resume en construir un gran elogio de la casa de Borbón, llamada a reunir Francia y Navarra bajo un “vínculo indisoluble” con Enrique IV. En cualquier caso, concluye Schoepflin, Luis XV había heredado todos los derechos sobre Navarra y era de esperar que, en la próxima paz, pudieran hacerse efectivos:

“Este [Luis XV], bajo el impulso heroico y los consejos del serenísimo Duque de Orleans, ya intentó cumplir los deseos de sus mayores. Se alzó como vengador de sus huesos cuando hace poco mostró con estupor al reino de Navarra los triunfales lirios de Francia, y ya nos manda hacer sobre el futuro las más elevadas previsiones que la paz inmediata mostrará con generosidad. Así sea al fin: Que después de volver a su justo príncipe un reino por tanto tiempo arrebatado, y unidos entre sí los ánimos de franceses y navarros, una paz segura y deseada dure para siempre en ambos reinos, y toda Francia se alce como ejemplo de floreciente reino para las demás gentes de Europa”<sup>53</sup>.

### 3. LA SOLIDEZ DEL ‘NAVARRISMO ESPAÑOLISTA’ EL ANTIGUO RÉGIMEN.

La polémica en torno a Amayur de la década de 1920 fue síntoma y motor de profundos cambios ideológicos y políticos en la historia contemporánea de Navarra. En esencia, la división entre “antitreintainuevistas” y “cuarentaiunistas” dejó de ocupar el centro de la vida política navarra tal y como la había focalizado desde el segundo tercio del siglo XIX. Paulatinamente, el enfrentamiento entre quienes reclamaban la reintegración foral plena (volver a la situación previa a la abolición de los fueros del reino de Navarra y de las provincias vascas en 1839) y quienes aceptaban las consecuencias de aquella abolición-confirmación (la ley de modificación de fueros de 1841 para Navarra) dejó de articular el debate. Y su lugar lo ocupó, hasta hoy, la dialéctica entre los nacionalismos vasco

<sup>52</sup> Jean-Daniel SCHOEPFLIN, *Diatriba de origine* p. 57.

<sup>53</sup> *Ibid.* p. 85.

y español. En 1932 Navarra se apartó del proceso estatutario vasco pero la reivindicación de –y la resistencia a– una articulación política conjunta de Navarra junto con el País Vasco (en sus diferentes formulaciones) sigue siendo hoy un eje principal del debate público. Víctor Pradera es el mejor representante de la reacción navarrista y antinacionalista de entonces, y la polémica que él promovió y protagonizó modificó el “sentir de los tradicionalistas [...] e influyó probablemente también en los hombres de *Diario de Navarra* que ya en 1931 mostraron serias reservas al Estatuto conjunto [vasco-navarro]”<sup>54</sup>

Ahora bien, Ignacio Olábarri y Juan M<sup>a</sup> Sánchez-Prieto se preguntan, con razón, cómo los argumentos de Pradera pudieron obrar un cambio ideológico tan fundamental. Porque, entre 1875 y 1918, ese ‘navarrismo’ parecía haberse eclipsado y se había impuesto “un acuerdo progresivamente más amplio entre las elites intelectuales y políticas navarras sobre la común identidad o raíz vasca de los cuatro (o de los siete) territorios”<sup>55</sup>. Pero lo que leemos en Sandoval y Alesón, y la herencia historiográfica navarra de los siglos XVI-XVIII en general, quizás ayude algún día a comprender la orientación de los sustratos previos del ‘navarrismo’, y a valorar la importancia de su inercia todavía en el XX. La síntesis de Alesón sobre la conquista-incorporación de Navarra (1715), actualizada por Yanguas en los años 1830, quizás siguió siendo la más influyente y la que finalmente se impuso, aunque reescrita en los nuevos términos de nación propios del siglo XX<sup>56</sup>.

Los navarros del Antiguo Régimen, muy probablemente, pensaban como Sandoval en 1614: que Dios les había hecho ‘españoles’ con una naturaleza distinta e incompatible con la de los ‘franceses’. Por entonces, el mito de Sobrarbe como origen del reino (un rey elegido por sus iguales bajo condiciones: “leyes antes que reyes”), que habían compartido polémicamente con los aragoneses, empezó a combinarse con el mito de Túbal como origen de la nación navarra. Moret desarrolló plenamente la tesis de que los navarros eran los here-

<sup>54</sup> Ignacio OLÁBARRI, y Juan M<sup>a</sup>. SÁNCHEZ-PRIETO, “Un ejemplo de ‘Richtungskampf’ en la historiografía navarra contemporánea. La polémica en torno a Amaiur, 1921-1931”, en J. L. MELENA (ed.), *Symbolae L. Mitxelena Septuagenario Oblatae*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1985, vol. II, pp. 1326-1327.

<sup>55</sup> *Ibid.* p. 1327.

<sup>56</sup> Ver: Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ, “Los debates sobre la conquista y la reconfiguración de la identidad navarra (1512-1720)”, y Juan M<sup>a</sup> SÁNCHEZ-PRIETO, “Prácticas discursivas y construcción política. Debates en torno a la conquista e integración de Navarra en España durante los siglos XIX y XX”, ambos en Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ (ed.) *1512. Conquista e incorporación de Navarra. Historiografía, derecho y otros procesos de integración en la Europa renacentista*, Barcelona, Ariel, 2012, pp. 31-61 y 63-86.

deros de los vascones de las fuentes greco-romanas, y de que el reino de Navarra era la estructura política de su resistencia inmemorial ante los extranjeros que habían pretendido dominarla<sup>57</sup>. Ahora bien, en aquellos momentos, los descendientes de Túbal, los vascones, eran considerados no ajenos sino los primitivos y más puros españoles. Todos los males de Navarra, que se habían debido a la falta de reyes ‘naturales’ desde la muerte de Sancho VII, se conjuraron definitivamente por la incorporación a Castilla, que aseguraba el restablecimiento de la paz y el orden bajo una Monarquía española poderosa.

Sandoval, Alesón y unánimemente la historiografía navarra de los siglos XVI-XVIII, no habían planteado en ningún momento el restablecimiento de la independencia del reino bajo un rey propio, que es lo que late en el fondo de la propuesta nacionalista vasca en la polémica de Amayur. En buena medida, porque consideraban que el cambio de 1512 respondió a un designio providencial sobre el que los hombres nada debían hacer. El mismo Dios constituyó naciones distintas y hacía reinar a unos reyes y no a otros, y pasaba el imperio de unas familias a otras mediante sentencias inapelables. Pero estas reflexiones providencialistas, sin valor ya en el siglo XIX, estaban sustentadas también sobre una experiencia política perfectamente activa como referencia. Cuando los navarros llegaron al periodo revolucionario estaban convencidos de que el cambio de 1512 no sólo no había roto sus articulaciones colectivas (como reino, como nación y como iglesia) sino que la había perfeccionado: había preservado a Navarra del contagio calvinista, había asegurado la justicia y la paz como nunca antes, había abierto a sus naturales posibilidades desconocidas, etc. Sandoval compara explícitamente el periodo de gobierno de reyes franceses en Navarra y el de gobierno de reyes españoles, con gran ventaja para este último; y Alesón llega a afirmar que los fueros e instituciones del reino era mejor respetados y más plenos después que antes de la incorporación a España.

Estas y otras consideraciones históricas que no podemos desgranar, rumiadas durante décadas, debieron de calar profundamente y de proporcionar a los dirigentes navarros una referencia de España más positiva (y más negativa de Francia), por ejemplo, que a los dirigentes catalanes<sup>58</sup>. Sus argumentos te-

<sup>57</sup> Santiago LEONÉ PUNCEL, *Los fueros de Navarra como lugar de la memoria*, San Sebastián, Fundación para el Estudio del Derecho Histórico y Autonómico de Vasconia, 2005. Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ, “Polémicas historiográficas y confrontación de identificaciones colectivas en el siglo XVII: Navarra, Aragón y Vasconia.”, en *Pedralbes. Revista d’Història Moderna*, 27, 2007, pp. 59-82.

<sup>58</sup> Sobre la experiencia catalana y la configuración de su identidad entre Francia y España en el siglo XVII: Óscar JANÉ CHECA, *Catalunya i França al segle XVII. Identitats, contraidentitats i ideologies a*

nían la fuerza de experiencias políticas vivas (si bien no exentas de zozobras y riesgos) y no de meras consideraciones abstractas de cultura, lengua, historia o dinastía. A diferencia de los navarros, los cronistas franceses como Favyn o Schoepflin se limitaron al plano del derecho. Pudieron demostrar que los reyes de España eran unos usurpadores, que la bula de excomunión no era válida o que no existía, y que el de Francia tenía toda la legitimidad para recuperar el trono en un futuro más o menos inmediato y para unir Navarra a Francia. Pero, en este caso, el derecho no veía acompañado de argumentos políticos inmediatos que fueran convincentes para los navarros, que debieron de sentir alivio al comparar la represión de los católicos que impulsó Juana III en los años 1560 frente a la protección que les brindaba Felipe II. O, más sencillamente, que a largo plazo no vieron que el gobierno de un rey español supusiera la ruina material de su país o que les impusiera el gobierno tiránico que se les pronosticaba desde Francia. Muy al contrario, a finales del siglo XVII era evidente que los bajonavarros envidiaban la suerte de sus hermanos que aunque infieles (adúlteros en brazos de un usurpador, como afirman sus *Etats Généraux* dirigiéndose a Luis XIV en 1672<sup>59</sup>) habían experimentado con hechos las consecuencias positivas de formar parte de la Monarquía de España.

En esencia, los cronistas navarros de los siglos XVI-XVIII, siempre que compararon su situación con la anterior a 1512, consideraron que habían salido ganando con su incorporación a la Monarquía de España (pacificación, protección militar, ascenso de sus naturales, desarrollo institucional, pervivencia de los fueros, etc.). Esta experiencia no aseguraba el futuro pero debió de suponer un precedente de enorme influencia. El ‘navarrismo’ de Sandoval y de Alesón no consistía en volver a un dinastía propia y a un reino independiente sino, como era propio del Antiguo Régimen, en hacer valer su patrimonio histórico-jurídico diferencial con respecto a los otros miembros de la Monarquía. Cuando la lealtad a Felipe V en la Guerra de Sucesión les aseguró el mantenimiento de sus fueros e instituciones, que habían perdido sus ‘hermanos mayores’ de la Corona de Aragón, los navarros debieron de sentirse más que orgullosos.

---

*l'època moderna*, Barcelona-Catarroja, Afers, 2006; Antoni SIMON I TARRÉS, *Del 1640 al 1705: l'autogovern de Catalunya i la classe dirigent catalana en el joc de la política internacional europea*, València-Barcelona, Publicacions de la Universitat de València- Institut d'Estudis Catalans, 2011.

<sup>59</sup> Preámbulo del Cahier de rémontrances dirigido a Luis XIV en 1672 por los Estados de Basse-Navarre: Alain DESTREE, *La Basse Navarre et ses institutions de 1620 à la Révolution*, Zaragoza, Librería General, 1955, p. 409.